

procurando atraer á los pueblos idólatras al conocimiento del cristianismo. Pedro de Alvarado, gobernador y adelantado de Guatemala, á cuyo territorio pertenecía la provincia de Chiapas, hizo una incursion con sus tropas por los pueblos en que los religiosos habian sembrado la doctrina del Crucificado. Los habitantes, alarmados con la presencia del conquistador de Guatemala, y creyéndose engañados por los misioneros que les habian prometido que ningun soldado penetraria en su territorio, abandonaron la nueva religion y corrieron á empuñar las armas. Disgustado el padre Las Casas del paso dado por Pedro de Alvarado, se dirigió sin tardanza al puerto, y embarcándose en un bergantin que estaba próximo á hacerse á la vela, salió para España, donde se quejó al rey del proceder del gobernador de Guatemala.

Dicen algunos escritores que la crueldad con que los encomenderos continuaban tratando á los indios, motivó la visita del filántropo Las Casas al virey Mendoza y su marcha á la corte, para procurar el remedio. Manifestado queda por lo que he dado á conocer del informe del virey á su sucesor en el mando, que esa opresion estaba muy lejos de existir. Las órdenes del monarca en favor de los indígenas se veian escrupulosamente cumplidas, y algunas de ellas las hizo aun mas liberales el entendido virey. Se les evitó la molestia que les resultaba de que no fuesen sin licencia de un pueblo en que estaban establecidos á otro, disponiendo que «los indios como personas libres y súbditos del monarca, viviesen donde quisiesen, sin que se les hiciese fuerza». Esta disposi-

cion de Mendoza, mandó el rey «que así se guardase». Nadie podia obligar á ningun indígena á que trabajase, aun cuando le ofreciese pagar bien, si no era su voluntad hacerlo. Por este motivo y «por darse por libres los esclavos y esclavas», así de los que tenian desde lo antiguo los caciques, como los que habian hecho los españoles al cogerles prisioneros en las sublevaciones, «no tienen los hombres, dice el virey, quien les haga una tortilla, es forzoso ir á comprar pan á la plaza, no solo los vecinos desta ciudad, mas para las minas de Tasco y Zultepec». Como la escasez fué creciendo á medida que se quitaron los servicios personales y se dió libertad aun á los que habian vivido siempre esclavos de los caciques, se ocurrió al medio de llevar negros africanos que se ocupasen de los trabajos mas precisos (1). Que estaba lejos de existir, por fortuna de la humanidad, esa tiranía con los indios de parte de los encomenderos, en la Nueva España, lo está demostrando un documento elevado por la intérprete D.^a Marina al virey Mendoza. En ese documento se queja, como tutora y curadora de su nieto D. Alonso de Estrada, que «los indios del pueblo de Tilantongo que tenia en encomienda, no querian cumplir ni dar los tributos y servicios que les correspondia, de lo cual recibia agravio y daño» (2).

De suponerse es que no fuesen los indios de Tilantongo los únicos que obrasen de esa manera con los en-

(1) «La falta de los servicios ha hecho entrar gran cantidad de negros.» Relacion, apuntamientos y avisos del virey Mendoza á su sucesor D. Luis de Velasco.

(2) Véase la nota de la página 559 de este tomo.

comenderos. D.^a Marina, así por los servicios que habia prestado, como por la elevada posicion que guardaba su esposo en la sociedad, era mirada con alta consideracion; y si ella, lo mismo que su esposo, se veian desobedidos de los indigenas, no es de creerse que alcanzasen mas obediencia los que se encontraban en esfera menos elevada. Los indios, viéndose defendidos por las leyes, y encontrando constante apoyo en las autoridades, no solo se presentaban al virey para hacer valer sus derechos, cuando alguno trataba de hacerles daño en alguna cosa, sino que muchas veces eran ellos los que, por ocupar terrenos que no les pertenecian, rompian tierras cerca de las estancias en que los españoles tenian sus ganados y en diversas partes, sin tener necesidad de ello, sin mas objeto que el de tener un motivo para quejarse (1). Nada habla mas elocuentemente que estos hechos, en contra de la opresion pintada por los que se han inspirado en los vehementes escritos del padre Las Casas, y no han tenido la oportunidad de ver los intachables documentos en que se encuentran referidos sencillamente los acontecimientos por respetables individuos que estaban obligados á presentarlos con fiel exactitud.

No eran los indios, como es fácil juzgar por los ante-

(1) «Esta orden (la de que no recibiesen daño los indios en sus labranzas y sementeras por los que tenian estancia de ganados junto á ellas) podrá tener V. S.^a; pero tambien es menester que esté advertido que los indios maliciosamente por ocupar tierras y hacer daño á los españoles, nuevamente rompen tierras cerca de las estancias y en otras partes sin tener necesidad, por tener causa de se quejar, para que yendo así V. S.^a no lo permita.» — Relacion, apuntes y avisos del virey Mendoza á D. Luis de Velasco.

riores hechos, hombres que dejaban pisotear los derechos que les daban las leyes dictadas en su favor por los monarcas y los gobernantes. Aunque humildes y callados, no dejaban pasar la ofensa que se les inferia sin elevar su queja á la autoridad, no abandonando su reclamacion hasta no verla obsequiada. Por ese carácter dócil al mismo tiempo que caviloso y tenaz en sus demandas, eran calificados de manera diametralmente opuesta por los mismos que creian conocerlos. «Algunos dirán á Vuestra Señoría, dice el virey Mendoza á su sucesor en el mundo, que los indios son simples y humildes, que no reina malicia en ellos y que no tienen cobdicia; otros al contrario, que están muy ricos y que son bagabundos é que no quieren sembrar: no crea á los unos ni á los otros, sino trátese con ellos como con cualquiera otra nacion sin hacer reglas especiales.» El prudente virey terminaba diciéndole que, así los que se hallaban animados por interés espiritual, como por temporal, rara vez presentaban con sencillez la verdad, y que, por lo mismo, obrase despues de un detenido exámen.

Para el celoso padre Las Casas que buscaba la absoluta perfeccion en los gobiernos; la santidad de los séres angélicos en los hombres de la tierra; una dicha sin término para la raza indigena que superara á su mismo deseo, si posible era, tenia que aparecer tiránico todo lo que no llenase el bello ideal que él anhelaba ver realizado para los habitantes de la América. No es de extrañar, pues, que se presentase á solicitar que se le permitiese atraer á los indios á formar parte de la nacion española, con solo la predicacion de los misioneros, sin

necesidad de armas, sin tener que derramar una sola gota de sangre humana. Ya este ensayo lo habia puesto en planta, como tengo referido en el segundo tomo, en la Costa Firme, nueve años antes de haber sido descubierto Méjico; y no obstante el funesto resultado que tuvo, no abandonó su idea, que la juzgaba realizable, y le hemos visto presentarse al virey Mendoza para plantear en Chiapas otra colonia de religiosos únicamente (1).

Hombre que se hallaba dominado de ese celo apostólico en favor de los indios, preciso es que aun juzgase oprimidos por los encomenderos á los naturales de la Nueva España. Pero si digno es del respeto de la humanidad entera por sus relevantes virtudes y su ardiente filantropía, no goza de igual reputacion como historiador. Su pasion por la noble causa que habia abrazado, le cegaba; y dominado por ella, solo brotaron de su pluma descripciones recargadas de colorido y cuadros que le presentaba su fantasía, al ver el escenario por el prisma de la preocupacion. No hay uno de los mismos que le admiran como filántropo, que no le censure como historiador. El instruido escritor mejicano D. Francisco Javier Clavijero califica de «terribles» los escritos del padre dominico, y dice que «contienen algunos puntos de la historia antigua de los mejicanos, tan alterados y exagerados, que no puede descansar sobre la fé del autor». El padre Beaumont, que es uno de los que mas procuran disculpar sus inexactos cuadros, dice: «Es fuerza conceder que reina en su tra-

(1) Puede verse lo que digo sobre la formacion de la colonia que formó en la Costa Firme, en el tomo 2.º de esta obra, cap. X, págs. 209 y 210.

tado cierto aire de viveza y exageracion, que conmueve y previene contra lo que produce, y que los hechos que alega tienen, sin alterarlos en la sustancia, en el modo con que los pinta su pluma acre, no sé qué de odioso y chocante, que podia muy bien suavizar, á no estar demasiado preocupado á favor de los indios, que queria defender de todos modos.» Nadie, sin embargo, ha dado á conocer mas las contradicciones y errores que se encuentran en los escritos del padre Las Casas, que el abate don Juan Nuix (1). Al detenerse en el número de víctimas indígenas que el severo sacerdote dice que perecieron en los diversos países de América, manifiesta, aritméticamente, que era una cifra que superaba, con mucho, á la que tenia de habitantes el mundo entero (2).

(1) *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, por el abate D. Juan Nuix.

(2) Juzgo conveniente poner algo de lo que dice el abate Nuix, á fin de que el lector tenga una prueba evidente del grado excesivo á que llevó la exageracion el misionero dominico. «Asegura el padre Las Casas, que en la Tierra firme habian despoblado y asolado los españoles mas de diez reinos mayores que toda España: esto es, mas de 2000 leguas de terreno. Las islas despobladas y desiertas serán dos mil leguas de tierra.» Segun esto, observa Nuix, «computándose entonces en España, comprendiendo Portugal, á lo menos quince millones de personas, la despoblacion de América habria sido de trescientos millones á lo menos. Inmediatamente se contradice á sí mismo, y da por cuenta cierta, que habian muerto en aquel tiempo, mas de quince cuentos. Pero esto era muy poco, por lo cual añade y jura, que *en todas cuantas cosas he dicho, y cuanto lo he encarecido, no he dicho, ni encarecido en calidad, ni en cantidad de diez mil partes una.*» Despues de copiar el señor Nuix las anteriores palabras de Las Casas, dice: «Los que creen á este misionero es menester que tengan una gran monstruosidad, porque contándose en el mundo, segun el cálculo mas alto, mil millones de hombres, si la suma de quince millones fué

Por digno que sea el filántropo misionero del aprecio y respeto de todos los que abrigan sentimientos de humanidad, no puede aspirar, como historiador, á que se admitan sus producciones como exacta pintura de los hechos.

La pluma del padre Las Casas hizo mucho bien á la raza indígena, pero notable daño á la verdad histórica. Sus escritos que entonces sirvieron para contener los abusos, despues han servido de apoyo á la calumnia de apasionados autores, que disculpan la inexactitud del cuadro que copian por el sentimiento que guió el pincel del pintor. Mas justo seria, y mas conveniente á la instruccion del que lee la historia, recomendar las virtudes del filántropo sacerdote, y presentar sus defectos como historiador, á fin de no arrojar infamantes manchas sobre los que no eran menos dignos á la caridad evangélica que los demás

la décima milésima parte de los muertos á manos de aquellos conquistadores, es preciso que los españoles hayan quitado la vida en aquel breve tiempo, á diez mil hombres mas de los que hay en todo nuestro globo.» El número, haciendo una cuenta mas exacta, es aun mayor, y esto se ve por una nota que se halla en la misma obra del expresado abate Nuix, en que se lee: «Aquí parece hay equivocacion; porque si segun el cálculo mas alto, se cuentan en el mundo mil millones de personas, y la suma de quince millones es la décima milésima parte de los muertos á manos de los conquistadores, resulta que éstos mataron, no solo diez mil hombres mas de los que contiene el globo, sino ciento cuarenta y nueve mil millones, y extrayendo uno de ciento y cincuenta, restan ciento cuarenta y nueve. Pero si se hace el cálculo sobre el número de muertos que el señor Casas asienta en el prólogo (¡qué asombro!) se sigue que los conquistadores mataron tantos hombres como tendrian diez mil globos tan poblados como el nuestro.» El referido abate Nuix, despues de patentizar los errores, contradicciones, faltas de verdad y sorprendente exageracion del padre Las Casas, dice hablando de la obra que impugna: «¿Este libro es historia, ó antes bien romance, ó comedia?»

séres humanos. La verdadera virtud es la justicia; y el historiador honrado que ame la verdad, debe censurar la exageracion y las faltas presentadas con meditada intencion, como indignas de las sinceras páginas de la historia. Entre el apasionado y fantástico pincel del filántropo dominico y la reposada pluma del ilustrado virey D. Antonio de Mendoza, el buen sentido aconseja que acojamos sin titubear el cuadro presentado por el segundo. En él no podia existir nada que no fuese la exacta copia de la sociedad que gobernaba, puesto que presentaba la pintura al que se hallaba cotejándola con el original, y que, siendo responsable de lo que iba á recibir, hubiera denunciado inmediatamente el mas leve engaño y la mas ligera falta.

Preciso es despojar á la historia de la América, de las páginas de apasionados escritores que han presentado á sus antiguos habitantes como séres destituidos de inteligencia, y á los españoles que la poblaron, como hombres que posponian los sentimientos de humanidad á la codicia de oro y de riquezas. Se advierte en esos escritores una falta de consecuencia que sorprende. Aceptan sin titubear, las exageraciones del padre Las Casas en todo lo que tiende á verter el odio sobre los castellanos, y no admiten la opinion favorable del mismo, respecto de las dotes intelectuales con que pinta á los indios (1). La verdad his-

(1) Paw, que acoge todo lo que el padre Las Casas escribe contra los españoles, sin embargo de no haber presenciado la mayor parte de los hechos que refiere, no admite nada de lo que en favor de la inteligencia de los indios dice, no obstante saber que habia vivido entre ellos. Cree, en una palabra, en todo

tórica está interesada en destruir los errores y las preocupaciones, y las inteligencias americanas, con su sólida instrucción y buen criterio, están en el deber de vindicar á las dos valientes razas de que descenden.

Mientras el reino de la Nueva España florecía visiblemente bajo el acertado gobierno del ilustrado virey don Antonio de Mendoza, un acontecimiento vino á cortar la buena amistad y excelente armonía que había reinado hasta entonces entre él y Hernán Cortés. Desde que se tuvo noticia de la existencia del rico reino de Quivira y de sus siete brillantes ciudades en que abundaban el oro, la plata y las perlas, se propuso el virey enviar una expedición para descubrirlo y tomar posesión de la tierra. El marqués del Valle, al ver los preparativos que se hacían para emprender el descubrimiento, manifestó que á él le pertenecía la empresa, así por ser cosa análoga á su empleo de capitán general, como por el privilegio que el rey le había concedido para los descubrimientos por el mar del Sur. El virey, que anhelaba participar de la gloria que prometía la agregación de los afamados territorios á la corona de Castilla, se propuso encomendar la expedición á Francisco Vázquez de Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, y avisó al marqués del Valle que se abs-

lo que el padre no vió, y no cree en lo que debía sin duda saber, puesto que trató mucho á los indigenas. El padre Las Casas dice «que los indios tienen ingenio agudo y capacidad para las ciencias morales y especulativas»; y Paw asegura «que son de un ingenio tan obtuso, que no son capaces de pensar ni ordenar sus ideas; que tienen un ánimo apocado, un genio estúpido y una memoria tan débil que no se acuerdan hoy de lo que hicieron ayer».

tuviere de dar paso ninguno respecto del proyectado descubrimiento.

Resuelta la expedición, el virey despachó sus órdenes á Vázquez Coronado, para que se dispusiese á emprender su marcha hácia las auríferas regiones de Quivira, que era entonces el punto que excitaba la atención de los conquistadores por las maravillas que del país habían contado Fray Marcos de Niza, Cabeza de Vaca y sus compañeros. Anunciada la empresa, muchos caballeros y personas distinguidas quisieron formar parte en la expedición y se presentaron con sus armas y caballos.

Viendo Hernán Cortés los preparativos que se hacían de parte del virey para la adquisición del ponderado reino de Quivira, se propuso acometer la empresa de su descubrimiento, sin contravenir á la prohibición que se le había hecho. Al efecto dió el mando de tres buques que tenía dispuestos en un puerto del mar del Sur, á D. Francisco de Ulloa, leal amigo suyo y acreditado marino, con instrucciones de que recorriera la costa por el lado en que se decía estaba el reino de Quivira, y si lo encontraba, tomase posesión de la tierra por la corona de Castilla, en nombre suyo.

1540. Entretanto, el virey Mendoza había enviado á reunirse con las tropas del gobernador Vázquez Coronado la fuerza que había reunido en Méjico. Al mismo tiempo le envió por mar algunos buques para que se combinasen las operaciones del descubrimiento, pues mientras la escuadra debía explorar las costas, las fuerzas terrestres se ocuparían en reconocer el territorio que se hallaba de la otra parte de Culiacan. Vázquez Coronado se dirigió á

Compostela, para recibir á las tropas que el virey le enviaba. Pasada revista á los pocos dias para emprender la jornada, halló que la division se componia de doscientos sesenta jinetes perfectamente armados y de sesenta infantes: los soldados de caballería llevaban cotas de malla, la mayor parte hechas de cuero de vaca, crudo, y las otras de fierro: los caballos tenian defendido el pecho y el anca con espesas mantas de algodón, para resistir el golpe de la flecha; y los soldados de infantería iban armados de espada y rodela, siendo muy pocos los que llevaban ballestas, y menos aun los que cargaban arcabuz.

La distancia que habia desde Compostela hasta Culiacan, en que empezaban á extenderse nuevos territorios, era de cien leguas. El país, en esas partes, se hallaba despoblado, pues los pocos habitantes que tenia, eran cortas tribus errantes, esparcidas por los bosques y las inmensas llanuras. Don Francisco Vazquez Coronado mandó hacer el acopio necesario de víveres para que nada faltase al soldado al cruzar los anchos desiertos, y reunió el mayor número de mulas y caballos que condujesen el cargamento. Tomadas estas disposiciones y dejando de teniente de gobernador y capitan general de la Nueva Galicia á Cristóbal de Oñate, emprendió la marcha con su ejército el dia 1.º de Febrero de 1540. Cruzó la tropa expedicionaria inmensos terrenos, sin encontrar poblacion ninguna, sino aisladas y miserables chozas que revelaban la pobreza de los que las habitaban. Despues de muchos dias de penosa marcha por caminos en que se imprimia acaso por la primera vez la huella humana, llegó el ejército al rio de Yaquimí, que hoy se conoce con el nombre de

Yaqui, á cuyas márgenes se dió descanso á la tropa. Nuevos territorios despoblados siguieron atravesando las tropas sin encontrar señal ninguna que indicase que se acercaban al poderoso reino de Quivira; al maravilloso país de las siete admirables ciudades, que contaba por capital á la esplendente Cibola de suntuosos edificios y de civilizados habitantes vestidos de ricos mantos adornados de oro y perlas. Así llegaron á una provincia llamada Señora que, por corrupcion de su antiguo nombre, se denomina hoy Sonora. En ella encontraron una corta villa en que descansó el ejército, sin contar con otros víveres que con los que habia sacado de la Nueva Galicia y que iban agotándose. El jefe de la expedicion Vazquez Coronado, queriendo corresponder á la confianza que habia depositado el virey en él, continuó la marcha, llegó por inmensos despoblados á la orilla de un rio, formado por un brazo del rio Colorado que pasó en balsas con su ejército, y al cabo de muchos dias de privaciones y trabajos, descubrió la tropa algunos pueblecitos á orillas de los arroyos, cuyas miserables casuchas estaban hechas de palos y petates. Como las provisiones se habian agotado y habian muerto en el camino algunos soldados por haber comido yerbas y raíces venenosas que desconocian, dispuso Vazquez Coronado detenerse en aquellos pueblecillos hasta proveerse de maíz, de alubias y calabazas, que encontraron en ellos, en bastante abundancia. Por dos indios que se presentaron al jefe español, se tuvo noticia de que estaba á distancia de algunas jornadas de allí el pueblo de Cibola. Vazquez Coronado se dirigió hácia él, y pocos dias despues entró en la poblacion, tras de un ligero com-

bate con los habitantes. Habiendo adquirido el jefe español algunos informes respecto de la situacion de la provincia en que estaba, y encontrando que correspondian con las noticias que se tenian del territorio de Quivira, sospechó que las deslumbrantes descripciones de Cabeza de Vaca y de Fray Márcos de Niza, no eran mas que doradas ilusiones forjadas por la fantasía. Para convencerse de si se encontraba realmente en la provincia ponderada, recorrió parte del territorio, y en el circuito de seis leguas alcanzó á descubrir otros tantos pueblos que, con el primero que ocupaban los españoles, formaban el mismo número de las siete ciudades descritas por Fray Márcos de Niza. Esta observacion dió mayor cuerpo á sus sospechas; pero no queriendo abandonar la empresa hasta no estar convencido de la verdad, dispuso que varios capitanes recorriesen el país por diversos rumbos. Las tropas se dirigieron unas hácia la costa y otras hácia el interior, caminando centenares de leguas; pero nada encontraron sino miserables chozas desparramadas á distancias inmensas unas de otras en los vastos desiertos. Uno de los capitanes, llamado Melchor Diaz, llegó á un gran rio que actualmente se llama el Colorado, cerca de su desemboque en el mar. Al pasar una loma bastante elevada observó un árbol cortado y puesto en forma de cruz. Despertada su curiosidad al ver en aquellos desiertos la forma del signo de la redencion, se acercó á examinarlo, y en la corteza del árbol vió esculpidas unas letras que decian: «*Al pié está una carta.*» Se buscó el papel, y con efecto lo hallaron dentro de una vasija de barro, perfectamente tapada, á fin de que las lluvias no pudieran perjudicarle.

Abrió apresuradamente la carta y la leyó con ansiedad. Estaba firmada por Francisco de Alarcon, jefe de la escuadrilla que el virey Mendoza habia enviado á explorar la costa, en combinacion con la fuerza mandada por Coronado. En el papel decia que habia llegado con tres navíos, entrando por la barra de aquel rio, que era muy profundo, conduciendo herraje, ropa y víveres, para la gente del general Vazquez Coronado; que habia estado esperando muchos dias á la expedicion enviada por tierra; pero que no habiendo podido adquirir noticia ninguna, se vió precisado á salir del puerto, porque los barcos se habian llenado de broma y queria poner en conocimiento del virey Mendoza las observaciones hechas. Viendo el capitán Melchor Diaz que la flota habia regresado hácia Veracruz y que el país que recorria no presentaba mas que desiertos, dispuso volver á donde habia quedado el general Vazquez Coronado. Este, entretanto, habia seguido marchando hácia adelante en busca del rico país de Quivira, alentado por nuevas noticias que adquirió de que existian provincias muy feraces y ricas; pero aunque encontró algunas poblaciones, ninguna de ellas era de importancia, ni los desiertos que el ejército atravesaba tenian semejanza con las maravillas contadas de las auríferas regiones que se buscaban. Una desgracia acontecida al general Vazquez Coronado, hizo que no se continuase la marcha. Habia montado á caballo para dar un paseo al rededor de un pueblecillo en que el ejército se detuvo á descansar. A poco de haber salido, notó que el corcel iba inquieto; pero no advirtió que la inquietud provenia de que la silla, que era nueva, le lastimaba. Atribuyendo á fogosidad del corcel los raros movi-